



## **EL CIGARRO PURO: CON LOS CINCO SENTIDOS**

por José Martínez Franco

Uno de los mayores placeres para los fumadores es la preparación de la fumada de un puro. La elección correcta del cigarro exige utilizar los cinco sentidos para obtener el máximo placer de todas y cada una de sus características.

A la hora de elegir un cigarro puro, mi primer y principal consejo es dejarse aconsejar por el expendedor o por un amigo experto, quienes sabrán orientarnos sobre el tamaño, sabor y precio, si no contásemos con ese consejo podríamos optar a utilizar nuestros cinco sentidos y elegir aquel cigarro que creamos de mayores satisfacciones. Sólo de esta manera lograremos encontrar “nuestro cigarro”, aquel que de verdad será el que más nos guste, independientemente de la valoración que tenga entre los expertos y el conjunto del mercado.

Vayamos por pasos. Al entrar en la cava, el primer sentido por el que percibimos el cigarro es la vista. Veremos cigarros grandes, pequeños, gruesos y finos, de tonos claros y oscuros con pintas e incluso distintos tonos en un mismo cigarro. Ni el color más claro significa menor fortaleza del tabaco, ni el más oscuro lo contrario, pues el color viene dado por la clase de tabaco que se ha utilizado en su elaboración. La suavidad, el brillo y lustre de la hoja servirán de criterio en nuestra elección, pues aquellas hojas que carezcan de estas características no ofrecerán un tabaco de calidad.

Una vez decidido el tono con la vista, entra en juego el tacto, que utilizaremos para comprobar en qué condiciones se encuentran los cigarros. Si pasamos los dedos por la superficie, apreciaremos si la capa es más o menos rugosa, sedosa, grasienta, la forma de estar liado el cigarro o si la cantidad de tabaco en el cigarro es abundante o no. Aunque a la vista el tabaco parezca uniforme, será el tacto el que determine si la hoja es demasiado gruesa o si la rugosidad no es la adecuada. El cigarro debe ser al tacto, uniforme, sedoso y grasiento, sin quedades ni protuberancias.

A continuación entra en juego el olfato, que sin duda disfrutaremos con él, al resultar el olor de los cigarros en frío de los más agradables. La fermentación y envejecimiento que haya tenido el tabaco marcará su olor, desechándose aquellos cigarros sin aroma (o que resulten desagradables). El aroma de mayor interés es el que se desprende en la fumada.

Una vez delimitado qué cigarros agradan más con la vista, tacto y olfato, podemos acercar el cigarro a nuestro oído y presionarlo suavemente. Si el sonido es de crujido, como el de las hojas secas, debemos desecharlo, pues presenta signos de sequedad, posiblemente por no haberse conservado en las

condiciones necesarias de humedad, lo que hace que la hoja sea quebradiza. El cigarro no debe nunca chasquear al presionarse, el único ruido permisible es el de la unión de las hojas frescas.

Por fin, llega el momento de degustar el cigarro. Para saborearlo, hay que tomarse su tiempo, pues hemos llegado al sentido más importante. Las sensaciones de gusto son el resultado de una liga armoniosa de efectos producidos por la mayoría de los componentes del tabaco. Un contenido adecuado de humedad y unas buenas condiciones de arder (capacidad para mantenerse ardiendo lentamente) harán las delicias de cualquier fumador. A esto, si se le suma un ambiente sin temor a miradas inquisitoriales y con tiempo suficiente para disfrutarlo de forma relajada, se convertirá en uno de los mayores placeres.